

VARGAS LLOSA

Los Andes desde afuera

Ricardo GONZALEZ VIGIL

Retomando con ímpetu la orgía perpetua de narrar historias, Mario Vargas Llosa (Arequipa, 1936) ha publicado en 1993 sus memorias *El pez en el agua*, el libro peruano más comentado del año, aunque no propiamente por sus méritos literarios (resulta una narración hábilmente conducida, que se lee con la fluidez de una novela apasionante) sino por su postura política y sus valoraciones morales tan tajantes, polémicas, indiscretas, cuando no hirientes; y la pieza. El loco de los balcones, otra muestra de su vocación complementaria de dramaturgo, no carente de interés como aporte al teatro actual en lengua española.

Acaba de sumárseles la novela con que ha ganado el Premio Planeta 1993: *Lituma en los Andes* (Barcelona, Edt. Planeta; 312 pp.). La reconocida destreza de Vargas Llosa para tejer escenas, tiempos, lugares y voces en una arquitectura novelística con la solidez de una esfera vuelve a relucir en *Lituma en los Andes*. Sin embargo, nos parece la menos lograda de todas sus novelas, a pesar de sus numerosos aciertos parciales: la caracterización matizada de Lituma (el personaje más ubicuo de la narrativa vargasllosiana: aparece en un cuento de *Los jefes*, en los episodios del grupo "los Inconquistables" de *La casa verde*, en un radioteatro de *La tía Julia* y el escritor, en la pieza teatral *La Chunga* y protagoniza *¿Quién mató a Palomino Molero?*, actuando en esta última novela de un modo que adelanta su accionar en *Lituma en los Andes*); los nexos que establece con los libros anteriores de Vargas Llosa, en especial con *La casa verde* y *La Chunga*, procedimiento de estirpe balzaciana o Faulkneriana típico del novelista "deicida"; y la ingeniosa reelaboración de figuras de la mitología griega: Dionisio remite al dios Dionisios (Baco); Adriana, a Ariadna; Timoteo, a Teseo; Salcedo, al Minotauro (aunque más fuertemente se enlace con los pishtacos andinos); etc.

La falla fundamental procede de la imagen inconsistente que ofrece de los Andes. Inconsistencia en los recursos literarios y en el lenguaje mismo, aptos éstos para retratar al piurano Lituma (quien admite reiteradamente que no entiende el mundo andino y, cuando cree comenzar a entenderlo, lo desprecia como bárbaro y abyecto), a la también piurana Mercedes, al gordo Iscariete, al padrino de Carreñito, a la ecologista d'Harcourt (con rasgos de la recordada Bárbara D'Achille y el apellido de una destacada pareja de esposos peruanistas), a los turistas fran-



"Lituma en los Andes", la más reciente novela de Vargas Llosa.

ceses y a otros personajes ajenos a la sierra; pero inadecuados para infundir vida a los numerosos personajes andinos, varios de ellos de actuación relevante en la trama.

Compárese, verbigracia, la solvencia con que Vargas Llosa (agudo receptor del lenguaje hablado en Lima y Piura, tan magníficamente asimilado desde los días de *La ciudad y los perros* y *La casa verde*), consigue elegir las palabras de Lituma, Mercedes, Iscariete y el padrino; frente a la manera inverosímil como hablan Dionisio, Adriana, el borracho que efectúa la revelación final, inclusive el propio Carreñito. Nada del acierto con que "quechuizan" el español, siendo fieles así al bilingüismo o a la diglosia, Arguedas, Alegría, Churata, Vargas Vicuña y Rivera Martínez. Por primera vez, en una novela de Vargas Llosa, varios diálogos no suenan como

si efectivamente hubieran sido pronunciados por seres vivos.

En convergencia con ese desajuste, *Lituma en los Andes* no penetra cabalmente en la mentalidad andina. La riqueza socio-cultural de la visión mítico-mágica del Ande, el sustento que ofrece a los valores del trabajo, la solidaridad y la rebelión contra un sistema deshumanizador, visto todo ello con un gran potencial para el futuro de un Perú en comunión con la naturaleza y pleno en realizaciones comunales (mensaje admirablemente expuesto por Alegría y Arguedas, y algunos poemas de Vallejo); se ve reducida en *Lituma en los Andes* al triunfo de lo irracional, correspondiendo éste al atraso, ignorancia y salvajismo que, según la novela, impera en los supersticiosos serranos, (cuya influencia nociva habría lle-

Esta obra presenta
tangencialmente las atrocidades
cometidas por el narcotráfico, el terrorismo y
la guerra sucia

gado a la mismísima Lima, a esas barriadas que se atemorizan con los "sacaos").

Las terribles lacras del narcotráfico y el terrorismo, así como la "guerra sucia" desatada contra ellas por las fuerzas del orden, han alcanzado en el Perú de los últimos lustros niveles espantosos de violencia porque se nutrirían, en definitiva, del predominio de lo irracional en una visión del mundo bárbaro, como sería la andina, siendo su incidencia cada vez mayor en las ciudades costeñas.

Por eso, *Lituma en los Andes* presenta tangencialmente las atrocidades cometidas por el narcotráfico, el terrorismo y la guerra sucia, para concentrarse argumentalmente en dos locuras, dos formas de entrega a lo irracional: la de los pobladores de Naccos ejecutando, bajo la batuta de Dionisio y Adriana, los rituales "salvajes" de los sacrificios humanos (!) y la antropofagia (!); y la del amor absorbente (con rasgos de ascendencia platónica, trovadoresca y romántica: amor a primera vista, religión de la pasión amorosa, celos que conducen al homicidio, etc.) de Carreñito. Nótese que, al igual que en el *Elogio de la madrastra* y el final de *La guerra del fin del mundo*, Vargas Llosa aplaude la locura erótico-sexual, lo cual nos parece bien. En cambio, la "irracionalidad" del mito, la magia y la religión, de modo más enfático que en ciertos pasajes de *La casa verde*, *La tía Julia* y el escritor y, sobre todo, *La guerra del fin del mundo*, le merecen el apelativo de ignorancia, o de barbarie, o de entrega a la animalidad (esta última expresión la tomamos de Dionisio y Adriana). A los lectores peruanos eso de los sacrificios humanos y la antropofagia en el Perú actual nos parecerá inverosímil, fantástico; en cambio, no sería raro que en otros países los acepten como hechos factibles, agravándose la imagen negativa que tienen del Perú.

Terminemos subrayando que la novela empobrece la hondura de la religión, del mito y la magia al enfocarlos como meras expresiones de barbarie. Recordemos que la finalidad del culto dionisiaco era sublime, sobre-humana, conforme la ha sabido cantar Eurípides en *Las bacantes* y explicar Gilbert Murray en su estudio sobre *Esquilo*. Por algo dio origen a la tragedia griega, celebrada nada menos que por el racional Aristóteles como la forma más excelsa de la poesía. Esa tradición de lo dionisiaco la hallamos en las novelas de Dostoievski, Thomas Mann, Kafka, Sábato y -en el meollo andino- Arguedas. No es irracional, sino supra-racional.